JOSÉ TOLOSA HERNANDEZ

VERSOS

CON UN PRÓLOGO

DE

JOSÉ FRUTOS BAEZA

1899

TIPOGRAFÍA DE A. SAEZ HUERTAS

MURCIA

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

VERSOS

DNU
8528

tit. 44496

JOSÉ TOLOSA HERNANDEZ

VERSOS

CON UN PRÓLOGO

DE

JOSÊ FRUTOS BAEZA

1899

TIPOGRAFÍA DE A. SAEZ HUERTAS

MURCIA

R. 376.287

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

Es propiedad del autor

PRÓLOGO

Sin echarle piropos,
porque soy enemigo de los tropos,
si no van por lo fino
dedicados al sexo femenino,
hablaré de Tolosa y de su númen,
poniendo por cabeza á este volúmen
una lata, que temo, siendo mia,
que el lector me rechace,
pues ni aumenta del libro la valía
ni maldita la falta que le hace.

Tolosa, y voy al grano,
del Parnaso murciano
llegó á la cumbre con pujante brío. (1)

---

(1) Yo no sé si este verso será mio,
pero lo de pujante
suena bien y depara un consonante.

Dócil á su albedrío,
prestóle inspiraciones
su musa generosa,
y en la edad de los sueños inocentes,
ya poeta Tolosa,
cuando tantos se dán de coscorrones
por no poder rimar ni dos renglones,
con su estro fecundo
llenaba de poesías medio mundo...
porque su rica vena
ha sido siempre buena, ¡pero buena!

No me admira, ¡oh Tolosa, tu destino!
(aún siendo en propiedad y no interino)
ni me asombran tus prendas personales,
por más que mucho vales
y vas por buenas sendas
y estás bien además en cuanto á prendas;
lo que admiro es tu musa soberana,
que logró de la noche á la mañana
sus mimos concederte halagadores
y hacerte de un partido
tan grande de lectoras y lectores
que otros á su pesar no han conseguido.

¡Cuánto poeta viejo
descaría encontrarse en tu pellejo!

Yo no siento rubores
(y aquí ya me dirijo á los lectores)
cuando el apláuso varonil aclama
de Tolosa la fama,
y sus cantos, más dulces que las mieles,
le atraen simpatías y laureles;
pero á cualquiera abate
y le pone más rojo que un tomate, (2)
ese grato renombre
que se ha formado el hombre
y vá á su firma de poeta anexo
entre la nata y flor del bello sexo.

Obtiene de *ellas* tan feliz abrigo
(conste que sin «intríngulis» lo digo)
que es cosa muy corriente
en cualquier señorita diligente,
al salir para hacer un novenario,
que, atolondrada, saque

---

(2) Un tomate maduro,
porque verde no es rojo, de seguro.

un libro de Tolosa del tabaque
creyendo que es algún devocionario.
Y de alguna he sabido
que, aunque á leer devotamente ha ido,
ha encontrado con pena
y asomando el rubor á sus mejillas,
en vez de la novena
una composición en seguidillas.

Ya lo he dicho al principio
y lo he de repetir aun siendo ripio:
Tolosa, por lo vario de su estro,
es no solo un poeta, es un maestro
que dice cuanto quiere fácilmente
y no dice jamás lo que no siente.

Su poesía ya plácida y sencilla,
ya grave y armoniosa,
íntima, quejumbrosa,
del corazón refleja á maravilla
el ánimo inestable,
imprimiendo á su forma inimitable
del cristal la brillante transparencia
y del laúd el ritmo y la cadencia.

Por eso auguro que su cuarto tomo
será de t omo y lomo,
y el hecho de ser *cuarto*
ya dice, y dice harto,
que ha salido de ochavo dignamente
y vá en cuarto creciente
aumentando, piquillo tras piquillo,
á compás de su fama, su bolsillo.

Alabo tu constancia
¡oh Tolosa! y admiro la fragancia
de tus versos sonoros y apacibles,
recreo del espíritu sereno;
de ánsias indefinibles
tu joven corazon aún está lleno,
la Fortuna te brinda sus sonrisas
y es sendero de flores el que pisas.

Por eso más te admiro,
por la fé que á la gloria te conduce,
cuando á tantos induce
á pedir el retiro,
pues exentos de sueños é ilusiones
andan ya con la musa á trompicones.
El arpa del poeta,

ya que tanto te peta,
nunca con desamor de tí separes,
arráncale su mágica armonía
y, al acordar en ella sus cantares,
dá ancho campo á tu rica fantasía.
Tu inspiración, que es llama esplendorosa,
es en otros mechero ó mariposa
que arde mal y tarde;
no abandones cobarde
la luz con que te brinda
ni al desaliento su calor se rinda...
Mira que al yugo de la edad sujeta,
la musa del poeta
va perdiendo su brío,
al paso de los años siente frio,
y, al replegar su vuelo placentero,
ya no encuentra calor ¡ni en el brasero!

José Frutos Baeza.

VERSOS

ΔΕΒΣΟΣ

MIS VERSOS

Escasos de arte, pobres de galas,
brotan del fondo del alma mia,
y cuando al mundo tienden sus alas
mis penas cuentan ó mi alegría.

Son más sus faltas que sus primores,
pero quien solo vé sus lunares
es que no siente con mis amores,
es que no llora con mis pesares.

Flores modestas del sentimiento,
no lucen perlas en su corola,
ni su perfume recoje el viento,
ni el sol amante las arrebola.

Flores que mustias nacen y crecen
y siempre ruinas buscando han ido,

mis pobres versos solo merecen
el fin que tienen, que es el olvido.

Pero aunque poco su encanto sea,
si á tí te agradan, ¡oh hermosa mia!,
nada me importa que quien los lea
los juzgue frios y sin poesía.

Que no te causen jamás enojos
solo mi humilde musa ambiciona:
si en ellos fijas tus dulces ojos,
¿para qué quiero mayor corona?

Sé que no brillan por sus primores
y si te gustan con sus lunares
¡es porque sientes con mis amores!
¡es porque lloras con mis pesares!

¡ESPERA!

En esas horas fatales
en las que al alma atormentan
la amargura del recuerdo
y el torcedor de la pena;
en esas horas sombrías
en que se desatan fieras
las tempestades horribles
que en el corazon se engendran;
en esas horas de angustia
en que vacilan las fuerzas,
la voluntad desfallece
y la razón titubea,
¡ay de mí si no escuchara
esa voz callada y tierna
que con cariño de madre
me dice al oido: ¡Espera!

—

¡Espera! ¡Santa palabra
de bien inefable llena,
en cuyas mágicas sílabas
vibra celestial cadencia,
y en la que siempre el espíritu
apoyo divino encuentra
cuando entorpecen su vuelo
las terrenales miserias!
Por las penas que mitiga
y por las dudas que ahuyenta;
por los ímpetus que calma
y las ánsias que refrena,
si de esa palabra el eco
misterioso se extinguiera,
¡qué infierno más horroroso
que sería la existencia!

—

Dulce voz, que con süave
acento en mi alma suenas,
reanimando de contínuo
mi energía que flaquea,
mi fé que se debilita
y mi ilusion que se seca;
dulce voz, que siempre has sido

en mis dichas y en mis guerras
el sostén de mis anhelos
y el consuelo de mis penas,
¡quiera Dios que mientras viva
mi amiga constante seas,
y que cuando al fin se abra
para tragarme la tierra,
junto al borde del sepulcro
aún te oiga decir: ¡Espera!

FÚNEBRE

Sobre el revuelto lecho,
secos los lábios, turbia la mirada,
y la angustia clavada
en el doliente pecho
como traidora y venenosa espada;
el cabello en desórden, y perdido
el color de su rostro sonrosado,
sin poder exhalar ni aún un gemido,
la virgen que moría
un lirio marchitado
por el soplo del cierzo parecía.
Era el alborear triste y sombrío
de lúgubre mañana;
rompiendo la negrura,
de luz un rayo desmayado y frío,
filtrándose á través de una ventana,

llegó hasta el fondo de la estancia oscura,
y cual si ansiara aminorar el duelo
de aquel ángel muriente,
como un nimbo de paz y de consuelo
de resplandores coronó su frente.

Silencio abrumador, fúnebre calma
de terrible tormenta precursora,
á la estancia en sepulcro convertía;
¡muda y absorta el alma,
contemplando á la virgen que moría,
para no acibarar su última hora,
los torrentes del llanto contenía!

¡Qué momentos, Señor! Denso nublado
la claridad del alba deslustraba,
rugía el vendaval desenfrenado,
la lluvia los cristales azotaba...
¡Parecía que todo lamentaba
la muerte de aquel sér idolatrado!

¡Cuadro horrible de duelo
que al más sereno flaquear hiciera,
sumiéndole en profundo desconsuelo!
¡Tormenta adentro, tempestad afuera;
pena en el alma, nubes en el cielo!...

Y el ángel de las tumbas inclemente
su golpe descargó... Ni amor ni ciencia
pudieron de la virgen inocente
prolongar un momento la existencia;
¡ante el golpe fatal dobló la frente
y quedóse cumplida la sentencia!

. . . . . .

¡Madre, que llena de pesares lloras
y con tu llanto bañas
la tumba de la muerta á quien adoras!
En vano, triste, compasión imploras;
la muerte no te oirá; ¡no tiene entrañas!
Mírala; ya no existe;
la virgen de tu amor rodó á la fosa,
cual rueda al surco la temprana rosa
que el helor de la escarcha no resiste.
Ya no hallarás consuelo á tus dolores
ni cerrada verás nunca tu herida,
¡que por mucho que gimas y que llores,
al ángel celestial de tus amores
ninguna fuerza lo traerá á la vida!

DE PASO

Por mi lado pasó con la arrogancia
y altivez de una diosa,
crugiendo el raso de su rico traje,
luciendo los primores de sus joyas.

En la vida jamás mis ojos vieron
mujer tan deslumbrante y seductora,
tantos humanos atractivos juntos,
tanta pureza y corrección de formas.

A sus negras pupilas
dió la noche su sombra,
y á sus mejillas y sus frescos lábios
les prestó su rubor una amapola.

Dejó en su frente el dia
reflejos de su luz esplendorosa,
y el mar inmenso le otorgó un tesoro
de perlas y coral para su boca.

Pasó ligera, como pasa el ave
por la azulada atmósfera,
de perfumes dulcísimos dejando
estela embriagadora.

En los lábios llevaba la sonrisa
y en los ojos fulgores de la gloria,
y á su paso de luz me inundó el alma
como el espacio la risueña aurora.

Yo la ví aparecer gentil y aérea,
de pronto, igual que la esperanza brota,
y la miré alejarse como un sueño
que apenas nace el desengaño borra.

Alejóse de mí, pero la huella
que me dejó en el pecho fué tan honda,
que aún en el corazón guardo su imágen
y aún vive su recuerdo en mi memoria.

Por eso á veces, en mis sueños viéndola,
así me digo á solas:—
¿Cómo es posible que ella ni aún sospeche
la fé con que mi espíritu la adora?

LA LUCHA DE LA VIDA

A JOAQUIN PAYÁ

Es ley eterna; en la vida
tiene el hombre que luchar
contra todo, hasta dejar
su humana misión cumplida.

Y ha de luchar decidido
sin descansar un momento,
porque no hay mayor tormento
que el dolor de ser vencido.

Con sereno corazón
y con ánimo valiente,
si á todo no le hace frente
se pierde sin remisión.

No hay que asustarse por nada
ni dudar de la victoria;
¿cómo puede alcanzar gloria
quien huye á la desbandada?

No hay quien abismos allane
si de hacerlo desespera;
no hay más remedio; el que quiera
laureles... ¡que se los gane!

Y hay que ganarlos haciendo
cuanto es posible en lo humano;
¡con la razón en la mano
se puede vencer muriendo!

Yo de ello estoy persuadido,
y, aunque mi ambición no es mucha,
como la vida es la lucha,
lucho por no ser vencido.

Y lucho sin vacilar,
sin que me espante la guerra,
como el soldado en la tierra,
como el marino en el mar,

contra rastreros amaños
y contra bajas pasiones,

sin que me arredren traiciones
ni me apoquen desengaños;

porque Dios me ha hecho de un modo
que no hay nada que me tuerza,
y en mí mismo encuentro fuerza
para resistirlo todo.

En vano la duda lanza
contra mí sus fieros dardos;
de sus intentos bastardos
siempre triunfa mi esperanza;

y en vano tambien la suerte
con rudeza me combate,
porque cuanto más me abate
yo me hago mucho más fuerte;

¡que el hombre debe mostrar
mientras que lucha, el tesón
con que se opone el peñón
á que se lo trague el mar!

No hay pena que se le iguale
á la del que al surco rueda,
que al pobre que en tierra queda
ni la caridad le vale.

Por eso yo hasta morir
lucharé sin descansar,
porque sé que sin luchar
es imposible vivir;

y como estoy persuadido
de que cuanto digo es cierto,
¡hasta que no caiga muerto
no me daré por vencido!

ANTE EL ESPEJO

(MONÓLOGO DE UNA HERMOSA)

—Me dicen las amigas
que es mi defecto presumir de guapa...
¡Díme tú, espejo fiel, sincero amigo,
si tengo en qué mi presunción fundarla!

Mis cabellos son negros y sedosos,
mi frente pura y blanca,
mis cejas son dos curvas caprichosas,
mis párpados compiten con el nácar.

En mis ojos oscuros y rasgados
hay resplandores de la luz del alba,
y enloquecen mirando, cuando en ellos
el fuego brilla que mi pecho inflama.

Es mi boca risueña y tentadora
como fruta temprana,

que la apetecen todos los viajeros
que junto al árbol que la ostenta pasan.

. Solo un lunar existe
en el cielo divino de mi cara,
pero sienta tan bien en mi mejilla,
que es un lunar que mi beldad realza.

La azucena ha dejado
impreso su color en mi garganta,
y en los hechizos que al escote asoman
más su blancura virginal resalta.

Mi cintura es gentil, mis piés son breves,
mis años pocos y sin fin mis gracias...
¿No es cierto, espejo amigo,
que no soy necia al presumir de guapa?

Tal vez sea un defecto, ¿mas qué importa?;
mi belleza ni un ápice rebaja;
¡y si no, que lo digan los que al verme
por reina y diosa sin rival me aclaman!

Mis amigas tan solo me censuran,
mas la envidia las ciega cuando hablan,
¡pues á fé que cual yo presumirían
teniendo en qué su presunción fundarla!

HACIA EL PUERTO

Por el mar de la vida voy sin tino
buscando siempre el anhelado puerto;
con el ánsia que busca el peregrino
la sombra placentera en el desierto.

La insegura barquilla que me lleva
hondas tormentas sin cesar combaten,
pero aunque ponen mi valor á prueba
y mi ánimo entristecen, no me abaten.

Para triunfar en la batalla ruda
á que el destino en su furor me lanza,
tu cariño, mujer, me presta ayuda
y de hallarte me alienta la esperanza.

No se si llegaré tarde ó temprano
al puerto que persigo noche y día,

mas sabe que en mitad del occeano
tú eres la única estrella que me guía.

El afán me espolea de orientarme
y lucho por hallar camino abierto;
mas si en la orilla tú no has de esperarme
¡quiera Dios que jamás arribe al puerto!

LOS DOS JUECES

(CUENTO)

I

En un lugar cuyo nombre
no hace falta recordar,
había un juez que de todo
era en el mundo capaz,
menos de perder ni una
sola ocasión de medrar;
por lo cual el muy ladino,
como era muy natural,
siempre hacía su negocio,
pero justicia jamás.
La gente, escandalizada,
es claro, dió en murmurar,
y en defensa de la ley,
la razón y la verdad,

protestaba de las torpes
acciones del juez venal,
quien siendo un pillo, vivía
en la mayor libertad.
Mas por razones que yo
no he podido averiguar,
en el lugar nadie nunca
al juez le quiso hacer mal,
y hasta morir le dejaron
que hiciera su voluntad,
limitándose tan solo
sus faltas á censurar
y á decir muy bajo, siempre
que había oportunidad:—
¡Si como este juez son todos,
buena la justicia está!

II

Sucesor de aquel tunante
fué un hombre recto y formal,
amante de la justicia
y esclavo de la verdad.
Era en sus manos la ley
rayo pronto á descargar

sobre todo cuanto fuera
ó crimen ó iniquidad;
siendo fama que en la vida
no se doblegó jamás,
la justicia administrando
con la más-pura equidad.
Que aquel era un juez modelo
era opinión general,
mas por ser tan justo... nadie
lo podía tolerar;
que es achaque que padece
de antiguo la humanidad
el rehuir todos los frenos
que la libertan del mal.
Y aunque todos lo ensalzaban
con rara unanimidad,
á la postre concluyeron
por echarlo del lugar.

III

Puesto que al malo toleran
y al bueno guerra le dán,
si al lugar van jueces viles
¿de quién la culpa será?

¡AUN HAY POESÍA!

Podrá no haber poetas, pero siempre
habrá poesía.

. . . . . .

Mientras exista una mujer hermosa
habrá poesía.

BECQUER

No me extraña, alma mía,
que en su ceguera incomprensible traten
los que ensalzando á la razón impía
á Dios desprecian y á la fé combaten,
de probar que no existe la poesía;
¿mas quién no compadece al pobre ciego
que niega que del sol no brilla el fuego?

Intento vano el suyo; no consiguen
el triunfo que persiguen,
pues ella, siempre hermosa y siempre pura,
dentro del alma sin cesar fulgura.

Existe, sí; pasea tu mirada
por la extensión del cielo y de la tierra,
y admirarás su imágen reflejada
en todo cuanto bello el orbe encierra;
contempla el universo, y extasiada
notarás como haciendo eterna mofa
de cuantos dudan de ella,
en la flor, en la nube y en la estrella
palpita siempre su inmortal estrofa.

Para negarla con razón, habría
que suprimir el sol del firmamento,
del aire la armonía,
del mar sublime el cadencioso acento,
de las aves las plumas y las notas,
de la flor los perfumes y colores,
y del alma que sueña y sufre y siente
sus esperanzas y sus dichas rotas,
sus venturas, sus ánsias, sus dolores,
su mañana, su ayer y su presente!

Que no existe, mi bien, tú no lo creas
aunque afirmarlo veas,
pues mientras tanto que la vida aliente,
el mundo ruede y resplandezca el dia,

su acento llenará el espacio inmenso
de mágica armonía,
como el aire la flor llena de incienso;
porque siempre serán, aunque la fria
razón lo contradiga en su torpeza,
el amor, la virtud y la belleza
manantiales fecundos de poesía.

¿Y tú? Si te admiraran
los que propalan opinión tan triste,
que hay poesía al momento confesaran,
pues ¿quién al verte dudará que existe?

Tu mirada tranquila y soñadora,
tu mejilla de púrpura y de nieve,
tu figura gentil y seductora,
tu pié menudo y tu cintura breve;
cuantas gracias, en fin, darte Dios quiso
para que ya en la tierra
se puedan columbrar del paraiso
las bellezas magníficas que encierra,
subyugan de manera tan pasmosa
que, al verlas, de seguro exclamaría
hasta el más partidario de la prosa:
¡Estaba en un error! ¡Si que hay poesía!

LA ULTIMA PENA

La ley lo ordena, y al fatal cadalso
dirige el reo la insegura planta,
reflejando en su rostro descompuesto
la turbación horrible de su alma.

El verdugo feróz, con firme pulso,
á ciegas cumple la sentencia humana,
y al brillar triunfadora la justicia
del pobre reo la existencia acaba.

Justa será la ley cuando se impone
y el mundo todo á su pesar la acata;
pero ¿por qué al quedar la ley cumplida
la conciencia se queda horrorizada?

MAREMAGNUM

En la tierra cada uno
tiene su modo de ser,
por lo cual aquí ninguno
nos podemos entender.

Con nuestra sola razón
juzgarlo todo queremos,
lo que prueba, en conclusión,
que ninguno la tenemos.

Unos con otros luchamos
sin convencernos jamás,
porque todos despreciamos
el juicio de los demás.

Y viviendo siempre en guerra
del error en medio el foco,
el más cuerdo de la tierra
por fuerza se vuelve loco.

Rectos caminar queremos,
pero en vano, inútil es,
porque todo lo que hacemos
lo hacemos siempre al revés.

De la dicha hermosa y pura
vamos ansiosos detrás,
para hacer nuestra ventura
á costa de los demás.

Y es tanta nuestra malicia
y es nuestra bondad tan corta,
que solo hacemos justicia
cuando algún bien nos reporta.

Así entre el error y el mal,
víctimas de triste sino,
de nuestra vida mortal
recorremos el camino,

conservando cada uno
nuestra manera de ser,
¡razón por la que ninguno
nos podemos entender!

CREO EN DIOS

Yo creo en Tí, Señor, cuando la aurora
con su fulgor los aires ilumina,
y entre blandos aromas dulces himnos
la tierra al cielo envía.

Yo creo en Tí cuando la débil tarde
sobre las altas cumbres agoniza
y al mundo envuelven los oscuros velos
de las nieblas sombrías.

Yo creo en Tí cuando en la triste noche
el coro de astros silencioso vibra,
y el alma su hermosura y sus destellos
contempla embebecida.

Yo creo en Tí cuando dichosa calma
esparce por doquier luz y armonía,
y cuando fiera en el espacio ruje
tormenta ennegrecida.

Lo mismo en el dolor que el pecho hiere
que en el placer que llena de alegría,
yo creo en Tí, Señor, con la firmeza
del que en la fé se inspira.

Y creo siempre en Tí, porque Tú eres
foco de gloria y manantial de dicha,
el sendero que al alma al bien conduce,
¡la Verdad y la Vida!

LA PAZ

AL SR. D. JUAN DE LA CIERVA Y SOTO

I

Hija del cielo, descendió á la tierra
envuelta en claro resplandor de aurora,
para apagar el fuego de la guerra
con la sangre de Cristo redentora.

—Yo ofrezco, dijo, la ventura al mundo,
si al eco dulce de mi voz sagrada
olvidan todos el rencor profundo
que los lleva á la lid encarnizada.

No más ¡oh pueblos! combatais airados
para el triunfo alcanzar de las pasiones;
las espadas trocad por los arados,
campanas fabricad y no cañones.

Rezad de vuestros templos al abrigo,
que la oración mitiga los pesares;
trabajad, y en los campos habrá trigo
y reinará la dicha en los hogares.

El bien que yo os ofrezco es duradero
y cuidándole crece sin medida,
¡y el triunfo de la guerra es pasagero
como todas las glorias de la vida!—

II

Así dijo la Paz dulce y amante
y enseguida escaló la azul esfera;
pero á su acento mágico, un instante
quedóse en calma la creación entera.

Los hombres sus pasiones refrenaron
y sus torpes errores comprendieron,
y todos como hermanos se miraron
y todos á la Paz enaltecieron.

Mas ¡ay! los hombres aunque al bien propenden
jamás por conservarlo se desvelan,
y en su ciego abandono no comprenden
que ellos mismos el bien matan que anhelan.

De la Paz olvidando los favores
á la lid nuevamente se aprestaron,
y otra vez sobre el mundo los horrores
de las antiguas luchas renovaron.

Blandiendo insanos el mortal acero
por doquier siembran males sin medida,
¡y por lograr un triunfo pasagero
en contínuo luchar pasan la vida!

III

¡Bendita Paz, tesoro de consuelo,
ante cuya presencia bienhechora
se iluminan las almas, como el cielo
cuando despunta la rosada aurora!

No ya más con tu ausencia nos apenes;
término pón á la mundana guerra,
¡y haz que ensalzando tus fecundos bienes
te rinda adoración toda la tierra!

Agosto 1897.

NOCHE DE INVIERNO

En el cielo ni una estrella
sus claros reflejos luce,
que está velado por denso
y oscuro manto de nubes;
el viento desenfrenado
medrosos ecos produce,
y al quebrarse en las esquinas
canta y silba, brama y ruje;
de vez en cuando la lluvia
sus anchas gotas sacude,
y entre pausas el relámpago
aparece, brilla y huye;
por las solitarias calles,
sin reverberos que alumbren,
lo mismo que un alma en pena
solo el sereno discurre;

y de la ciudad sombría
es el aspecto tan fúnebre,
que parece que está muerta
por lo callada y lo lúgubre.
¡Terrible noche! Al espíritu
tales terrores le infunde,
que no hay corazón humano
que ante ella no se conturbe,
pues en todos los mortales
de manera tal influye,
que desde el que en un palacio
tiene lecho y tiene lumbre,
al que en mísera buhardilla
desnudeces y hambre sufre,
sobrecogidos de espanto
todos por temblar concluyen.
¡Terrible noche! La nieve
corona las altas cumbres,
cuaja sus ondas el rio,
la escarcha á la flor destruye,
no hay planta que no se hiele,
ni hay ave que el aire surque,
ni caminante que el frío
huyendo, amparo no busque,

ni marino que no invoque
á Dios con plegarias dulces,
mirando á sus piés las negras
olas, que fueron azules,
y que de un momento á otro
espera que lo sepulten,
ó que con ímpetu fiero
contra una roca lo empujen;
y entre tantas confusiones
y tan vivas inquietudes,
mientras la oración, buscando
los cielos, al lábio acude,
del trueno la voz potente
nuevos temores difunde!...
No es extraño que en tal noche
nadie por las calles cruce,
ni que acongojado el hombre,
temiendo la muerte, juzgue
que la esfera se desploma
y que la tierra se hunde!
. . . . . .
Noches de invierno sombrías,
cuya inclemencia produce
en el cuerpo escalofríos

·y en el alma pesadumbre;
noches crueles, en que el viento
no hay árbol que no desnude,
y en que al helor de la escarcha
todas las flores sucumben:—
¡ay del que contra vosotras
grato refugio no busque!
¡pobre pájaro sin nido!
¡desdichado hogar sin lumbre!

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

MELODÍA

¿Por qué me dices que no te quiero?
Tu eterna duda nò la concibo,
¡cuando tú sabes que por tí muero!
¡cuando estás viendo que por tí vivo!
Blanca azucena, flor de las flores,
claro lucero,
que me deslumbras con tus fulgores,
con esa duda tu pena labras
y á mí causas hondos temores,
¡porque si dudas de mis palabras
es que recelas de mis amores!
Yo por tí siento, virgen querida,
ese cariño que no se olvida
ni con las penas ni con los años,
que no lo matan los desengaños,
¡que no se acaba ni aún con la vida!

No es mi cariño pasión de niño,
fugaz anhelo, vana quimera,
¡que aunque tú dudas de mi cariño
como te quiero no hay quien te quiera!
Mi amor es santo y es duradero,
y, por probarte cuanto te quiero,
juzgando poco la vida entera,
yo te daría,
paloma mía,
¡cientos de vidas que poseyera!
Luz de mis ojos, encanto mío,
en tu ventura mi bien consiste;
tú eres la dicha que loco ansío;
¡sin tí aún la gloria será muy triste!
Yo no deseo que la fortuna
jamás me otorgue gracia ninguna;
yo no pretendo gloriosa palma,
triunfos ni honores;
¡solo ambiciono que tú me adores
como te adoro, con toda el alma!
Saber, hermosa, que tú me quieres
es el más grato de los placeres,
es lo que juzgo mi bien primero,
porque tú todo para mí eres...

¡aunque te piensas que no te quiero!
No desconfíes de mi cariño,
que no es mentida pasión de niño,
sino constante pasión ferviente
que mis amores todos compendia,
¡que se desborda como el torrente!
¡que como el fuego todo lo incendia!
No, pues, más digas, blanco lucero,
que no te quiero,
porque esa duda no la concibo,
¡porque tú sabes que por tí muero!
¡porque estás viendo que por tí vivo!

CON EL AMOR NO SE JUEGA

Tuya la culpa es del mal que lloras
y no tienes razón cuando te quejas.
¡No es tan infame como tú lo pintas
el hombre á quien insultas loca y ciega!

Él te quería, como quiere un hombre
cuando ama de veras;
¡cuando vé á una mujer, y en su delirio
juzga que ha visto á la mujer que sueña!

Su corazón te abrió, como se abre
la flor temprana que la aurora besa,
creyendo en su ilusión de enamorado
tu cariño alcanzar por recompensa.

Pero ¿qué hiciste tú? ¿Qué vió en tí el hombre
á quien ahora de traidor motejas?
¡Una loquilla frívola, que mata
al pájaro inocente con que juega!

Creiste que el amor es pasatiempo,
un capricho no más... ¡Qué inexperiencia!

¡Ya habrás visto, aunque tarde,
el torrente de lágrimas que cuesta!

No es solo una pasión que nos halaga,
no solo es un placer que nos deleita,
¡es locura también que nos domina
y á los extremos del dolor nos lleva!

Con el amor jugaste, pero mira
qué tristes son, mujer, las consecuencias:
¡desesperaste al hombre que te amaba
y ahora tú por él te desesperas!

Herido en lo más hondo de su pecho
huyó de tí, sin que al marcharse oyera
ni una frase que el paso le cortara
y le hiciera volver hácia tu reja.

¡Y lo insultas aún! Tu error comprende
y olvida lo pasado y ten paciencia;
¡si á tiempo no supiste ser amante
échate sobre tí la culpa entera!

No es un infame, como tú lo pintas;
es un hombre que ha obrado con nobleza.
Si el amor lo tomaste como un juego,
¿qué querías que hiciera?

Á UN POETA

He sabido con pesar
que malgastas, buen amigo,
tu claro ingenio en rimar.
Yo, con franqueza, te digo
que me quieres disgustar.

Quien como tú piensa y siente
y á un buen porvenir aspira,
obra torpe y neciamente
arrancándole á la lira
notas que no oye la gente.

Sí; porque, al goce sugeta,
jamás escucha el sonido
que la pasión interpreta.
¡La sociedad siempre ha sido
ingrata con el poeta!

La corona de laurel
con que engalana su frente,
la consigue en lucha cruel,
y en su brillo refulgente
hay manchas de sangre y hiel.

Víctima injusta del hado,
solo alcanza la victoria
cuando ya lo han enterrado;
y, al fin, si ha ganado gloria,
¡dime tú lo que ha ganado!

De dolor y de ansiedad
sus canciones están llenas,
que en su triste soledad
él siente todas las penas
de toda la humanidad.

Y es tanta la desventura
que pesa sobre el cantor,
que del mundo el bien procura,
¡y el mundo ni aún una flor
coloca en su sepultura!

De sus cantos á compás
trueca en mieles los venenos;

pero en la vida jamás
logra ser tenido en más
que muchos que valen menos.

No hagas versos, por Dios vivo,
si no quieres el desdén
sufrir de ese mundo altivo,
que solo, y hace muy bien,
está por lo positivo.

Déjate de rimas suaves
y de pensamientos graves
si anhelas dar en el blanco;
en el mundo, tú lo sabes:
herrar ó quitar el banco.

Mal harás si con escusas
mi buen consejo rehusas
y no te vuelves atrás,
¡pues pronto renegarás
del pago que dán las musas!

NOVIEMBRE

Como rumores de un mundo
muy distante de la tierra,
formando un concierto lúgubre,
oigo flotar por doquiera
vibraciones de campanas,
hondos suspiros de pena,
aleteos de oraciones
y murmullos de hojas secas.

Es que ha llegado Noviembre,
el mes de la faz severa,
el que marchita las flores,
el que las aves ahuyenta,
el que enturbia los arroyos,
el que difunde las nieblas,
el que entristece á los vivos
y el que á los muertos recuerda.

¡Noviembre! Al soplo del cierzo
las galas del bosque ruedan,
en el cielo tempestades
presagian las nubes densas,
en el valle solitario
silencio de muerte reina,
la sávia se paraliza,
los árboles cabecean...

¡Fúnebre mes! Tú, que el mundo
de sombras opacas llenas,
que á la flor robas los pétalos
y al nido sin plumas dejas;
tú, que en tu carrera nada
de cuanto existe respetas,
¡respeta mis ilusiones,
¡ay! que mi vida son ellas!

TARDE DE TOROS

No lo digo de broma,
que es muy de veras:
estoy dispuesto á todo
lo que tú quieras.
Mi afán es verte alegre,
pues tu alegría
no es solamente tuya,
tambien es mía.
¿Quieres ir á los toros?
pues al momento;
cuanto á tí te divierte
me dá contento.
Anda, busca tus galas
y tus preseas,
adórnate del modo
que mejor creas,

dame el brazo, y haciendo
de dicha alarde,
vámonos á la plaza,
¡que se hace tarde!

* * *

A tu lado, alma mía,
soy tan dichoso,
que estoy siempre de verte
y hablarte ansioso.
Mi existencia á la tuya
vá tan unida,
que comprender no puedo
sin tí mi vida.
Eres la más hermosa
de las mujeres;
la luz, el aire, ¡todo
para mí eres!
Sin tí no encontraría
nunca consuelo;
tú vales más que el mundo,
¡tú eres el cielo!
Nadie como tú sabe
feliz hacerme,

ni fingir, si es que finges,
cual tú quererme.—
Mas fin á tu tocado
dále enseguida;
¡va á pasarse la hora
de la corrida!

* * *

¡Qué hermosa estás! Pareces
con ese traje
y esa airosa mantilla
de níveo encaje,
un ángel que ha tomado
figura humana,
más bello que el crepúsculo
de la mañana.
Tú eres á quien ciego
y amante adoro,
la que veo en mis sueños
de nácar y oro,
como á través de vaga
nube de incienso,
brindándome tesoros
de amor inmenso.

Eres por quien mi alma
loca suspira;
la que mis más sonoros
versos inspira;
la que calma mis penas
con dulce empeño;
la mujer que más amo,
¡la que yo sueño!—
Pero noto que el tiempo
veloz se ha ido;
¡vámonos, que el segundo
ya habrá salido!

* * *

Al vernos por la calle
los dos hablándonos,
se quedará la gente
toda mirándonos,
y á la par que los viejos
los que pollean,
se morirán de envidia
cuando nos vean.
Cuando tú te presentes
con esa traza,

va á romper en apláusos
toda la plaza;
pues con esa hermosura
con que enloqueces,
no digo eso, ¡mucho
más te mereces!
Vámonos los dos juntos
como deseas.
¡Así! ¡Viva tu gracia!
¡Bendita seas!
Vámonos; mas no corras,
no, por mi vida;
¡debe estar terminándose
ya la corrida!

* * *

No hemos visto los toros,
mas no lo siento;
mientras tú no te enojes
yo estoy contento.
Se ha pasado la tarde,
pero aún destella
del callado crepúsculo
la lumbre bella.

Sabes que á complacerte
me hallo dispuesto,
y una vez que del dia
queda aún un resto,
porque veas ¡oh hermosa!
que hablo de veras,
¡vamos á echar el resto
como tú quieras!

CREPUSCULAR

Á MI BUEN AMIGO D. LUIS PEÑAFIEL

I

Era esa hora grave
de aromas y misterios impregnada,
en que agonizan las postreras luces
y las primeras sombras se levantan;
hora de dulce paz en que resuena
como una voz del cielo la campana
que con su son pausado y melancólico
á la oración nos llama;
hora solemne en que las fuerzas todas
de la vida desmayan
y á través del espacio, á Dios buscando,

se eleva ansiosa el alma.
Por la ciudad sombría y silenciosa
solitario y errante caminaba,
mezclando con los sueños del presente
los recuerdos de dichas ya pasadas,
cuando de un viejo templo ante la puerta
llegué y detuve sin pensar la planta.
¡Entra! una misteriosa voz me dijo,
y, obediente á la voz que me invitaba,
salvé el dintel y penetré en el fondo
de la mansión sagrada.
El augusto recinto
yacía en muda calma;
miré á mi alrededor y no ví á nadie...
¡El templo del Señor qué solo estaba!

II

Delante de un altar, en donde ardía
la temblorosa luz de humilde lámpara,
á impulsos de la fé caí de hinojos
y en triste confusión cayó mi alma.
Había en el altar, mal alumbrado
por la mezquina llama,
una imágen de Cristo, en cuyo rostro

su tremenda pasión se reflejaba.
Allí estaba Jesús, mostrando el pecho
herido por la lanza
y extendiendo los brazos compasivo
para amparar á cuantos á El llegaran,
que en prueba de su amor abiertos siempre
la humanidad los halla.
Allí estaba en la cruz, quien vino al mundo
á darle leyes santas,
quien rompió las cadenas del esclavo
y proclamó su libertad sagrada,
quien predicó el amor con el ejemplo
y eternizó con obras sus palabras.
Allí en la cruz estaba, desprovisto
de riquezas y galas,
quien el seno del mar cuajó de perlas
y tapizó los campos de esmeralda;
¡allí estaba, alumbrado solamente
por la luz de una lámpara,
quien encendió la lumbre de los soles
y los volcanes coronó de llamas!...
Al verlo solo en soledad tan triste
pensé en la humanidad que, ciega, ingrata,
se olvidaba de que El vertió su sangre

para quitarle su borrón de esclava,
y desoyendo sus consejos todos
en torpes luchas su existencia gasta,
sin ver que las pasiones que la agitan
en vez de enaltecerla, la degradan.
El caridad y amor al mundo trajo,
la paz bendita y la igualdad sagrada;
las leyes que El dictó son para todos
los pueblos y las razas,
y no hay para El más timbres de nobleza
que los que ostenta el alma.
En prueba de que el bien del hombre quiere
lo engrandece y lo ensalza,
¡y aún la humanidad en su locura,
indiferente ante su imágen pasa,
y anhelando encontrar lo que El le ofrece
más cada dia de su altar se aparta!..
¡Pobre loca! no sabe
que quien huye de Dios, jamás alcanza
ni el bien que sueña ni la paz que busca,
¡que á quien deja á su Dios, todo le falta!

III

La vacilante luz, cuyos reflejos

á Cristo iluminaban;
el profundo silencio que extendía
por el templo sus alas;
las espesas tinieblas que cual fúnebres
colgaduras flotaban;
la imágen de Jesús, á quien olvida
la humanidad ingrata...
todo infundió en mi pecho tal tristeza,
de modo tal se acongojó mi alma,
que alzándome del suelo
á la vida volver quise con ánsia.
Se nublaron mis ojos, y mis lábios
entreabrió dulcemente una plegaria;
al santo Crucifijo
díle un sentido adios con la mirada,
y al dirigir mis pasos á la calle
¡en su templo el Señor solo quedaba!

LA SUERTE

Ya se yo lo que la suerte
otorgarme ha decidido:—
Tras de la vida, la muerte,
tras de la muerte, el olvido!

NIÑO Y HOMBRE

I

Cuando apenas conocía
el mundo y su laberinto,
los que herían con sus dardos
mis sentimientos más íntimos,
en mi ademán y en mi rostro,
como si fuera en un libro,
podían leer el daño
que me habían producido.
Disimular no sabía
lo que pasaba en mi espíritu,
y de tal manera eso
me disgustaba á mí mismo,
que exclamar solía á veces:
—¡No sé fingir! ¡Soy un niño!

II

Poco á poco, sin quererlo,
conociendo al mundo he ido,
y ¡vive Dios! que me pesa
haber visto lo que he visto.
Mas como, por mi desgracia,
en él estoy y en él vivo,
á él me voy acostumbrando
con gran sentimiento mío.
Y aunque ahora como antes
en el fondo soy el mismo,
ya disimulo riendo
las heridas que recibo.
Por eso con amargura,
pensando á solas, me digo:
—¡Lo que varían los tiempos!
¡Ya soy un hombre! ¡Ya finjo!

¡POBRE ALMA!

Sollozando sin consuelo
y harta ya de padecer,
el alma de una mujer
llamó á las puertas del cielo.

—¿Quién eres?—preguntó el santo
que Dios de portero tiene.
—Soy una infeliz que viene
llena de mortal quebranto,

en pos de la dulce calma
que Dios al morir concede,
si es que en el cielo entrar puede
un alma como mi alma.

—¿Cual fué tu vida en la tierra?
De todo al punto haz memoria.
—Mi triste y amarga historia
en esto solo se encierra:

amé mucho y sufrí más;
tal es mi historia ¡ay de mí!
—¿No hay más pecados en tí
ó algunos callas quizás?

—Solo el que ya he confesado
ha sido el que he cometido,
y si ese muy grande ha sido...
¡perdón para mi pecado!

¡Que no sufra el fuego eterno
sola, triste y maldecida,
que ya en el mundo mi vida
ha sido un contínuo infierno!

Porque infierno es el querer
con la locura que yo
á quien torpe mancilló
la pureza de mi sér,

y á pesar de pretenderlo
desesperada en el lodo,
¡no poder hallar el modo
de odiarlo ni aborrecerlo!

Tras de tan largo penar
la paz aquí busco ahora;

ved, pues, si esta pecadora
en el cielo puede entrar.

Debo estar purificada
por el llanto que he vertido...
—Si es tanto lo que has sufrido,
tu falta está perdonada.

Entra en la edenial mansión;
séca el llanto, el temor doma...
No es culpable la paloma
de que la robe el halcón.

El cielo te ha conquistado
el gran amor que has tenido,
pues hasta odiar te ha impedido
al mismo que te ha ultrajado.

Truéquese en dulce consuelo
el pesar que te acibara.
Si el cielo Dios te cerrara,
¿para qué hizo Dios el cielo?

A LA BANDERA

(HABLA UN SOLDADO)

—Bandera de sangre y oro,
noble insignia de la pátria,
que tremolas tal vez rota
pero nunca mancillada;
santa enseña, en cuyos pliegues
tan grandes empresas guardas,
y á cuya sombra bendita
tantos mártires descansan;
pues te encuentras en peligro
de que te afrente una mancha,
por la sangre de mis venas
y por la cruz de mi espada,
yo prometo defenderte

de embestidas y asechanzas
hasta que salve tu honra
ó muerto luchando caiga!
Por tí, bandera querida,
en mi juventud lozana.
he perdido todo aquello
que es paz y goce del alma;
por tí he dejado los brazos
de mi madre, pobre anciana,
cuyos ojos por mi ausencia
jamás se verán sin lágrimas;
por tí de un amor bendito
he sofocado las llamas
y he visto ante mí cerrarse
todo un cielo de esperanzas;
por tí de apacibles dichas
he renunciado á la calma
y de la amistad he roto
las cadenas más preciadas;
¿mas qué sería ¡oh bandera!
lo que por tí no dejara,
si sobre el mundo no obliga
como tu defensa nada?
¡Ah! Si por eso no fuera,

si la idea noble y santa
que simbolizas, al hombre
con tal fuerza no arrastrara,
¿cómo hubiera yo trocado
tanto bien por penas tantas,
el sosiego del hogar
por el campo de batalla,
del amor las dulces flechas
por las mortíferas balas,
cuando todo en torno mío,
con voz suplicante y grata,
de contínuo me decía
«no te vayas... no te vayas....?»
Mas tu atracción es tan grande
¡oh bandera sacrosanta!
que al ver tus vivos colores
el corazón se entusiasma
y allí donde tú tremolas
contempla toda la pátria;
¡que á la pátria representas
y á su espíritu de raza,
y el que á defenderte corre
no solo tu honor proclama,
que al defenderte, defiende

todo lo que adora el alma!
Tal vez el triunfo consiga
que anhelo con vivas ánsias,
y te pasearé orgulloso
por donde quiera que vaya;
pero tambien puede ser
que en tierra sin vida caiga
por librarte, noble insignia,
de la afrenta de una mancha.
Dios lo sabe; mas si pierdo
la existencia por tu causa,
como á mi frío cadáver
no lo han de ungir con sus lágrimas
ni la virgen de mi vida
ni mi madre de mi alma,
á falta de ese consuelo
¡sírveme tú de mortaja!

1898.

GLORIAS MURCIANAS

I

Murcia es un jardin de flores,
al que el cielo dotar quiso
de tan ricos esplendores
que al contemplar sus primores
se recuerda el Paraiso.

Es un valle delicioso
donde, en sempiterno Abril,
junto al rosal oloroso
crece el naranjo pomposo
y la palmera gentil.

De sus fuentes al acento,
lleno de notas süaves,
unen en grato concento
sus armonías el viento
y sus canciones las aves.

El corazón se extasía
y en olas de paz se anega
viendo henchido de alegría
la hermosura y la poesía
de su cielo y de su vega.

Murcia en hechizos rebosa
y nadie habrá que me arguya
sin decir mi pluma osa
¡que la primer gloria suya
es la de ser tan hermosa!

II

Pero no es solo admirada
por sus naturales dones;
si es por todos venerada
es por ser cuna sagrada
de cien ilustres varones.

Con ellos se enorgullece
y en el libro de su Historia
vida eterna les ofrece;
¡alto premio que merece
todo el que alcanza la gloria!

Abierto ese libro está,
donde siempre el génio, abrigo
contra el tiempo encontrará;
para leer me lo dá;
venid y leed conmigo!

En sus páginas destella
con el reflejo gallardo
que lanza fúlgida estrella,
el nombre del gran Fajardo,
que entre los sabios descuella.

Junto á él, modesto y sencillo,
pero envuelto en resplandor
que deslumbra por su brillo,
está el insigne Salzillo,
el inmortal escultor.

De fuego la mente llena
y ceñida por glorioso
laurel la frente serena,
se vé á Romea, el coloso
más grande de nuestra escena.

Con destellos inmortales
diáfana luz ilumina

á Clemencin y á Cascales,
y al buen Polo de Medina,
que derramó tantas sales.

Luchando por su memoria
que al olvido los arranca,
por doquier dice su gloria
que son honra de la Historia
Selgas y Floridablanca.

De su fama bajo el peso
y en la frente el génio impreso,
está de rosas orlado
el gran Villacis, y al lado
Ruiperez y Valdivieso.

Todos por su gran valía,
con otros mil que pregona
tambien la fama á porfía,
de la hermosa pátria mía
forman la inmortal corona.

De Murcia brillo al blasón
dan con su gloria esplendente,
y como sus hijos son
por todos mi pátria siente
la misma veneración.

III

¡Oh Murcia, jardin de flores,
al que el cielo dotar quiso
de tan ricos esplendores!
¡Por tus eternos primores
pareces un paraiso!

Debes orgullosa estar,
porque Dios desde su asiento
te bendice sin cesar,
pues de las rosas al par
en tí florece el talento.

Mas á tus timbres de honor
por los que admirada eres,
aún falta un nuevo esplendor;
¡la gloria de tus mugeres,
que no es tu gloria menor!

PILATOS

La ciega muchedumbre,
superando en fiereza á los chacales,
á gritos pide que á Jesús le entreguen
para lograr sus ánsias de matarle,
pues su intento no es otro
sino que muera en el suplicio infame.
Los rugidos terribles de las turbas
ensordecen el áire;
reclaman una víctima y desean
saciar su sed de sangre
vertiendo la de Cristo, por el crimen
de predicar el bien y practicarle.
No es otro su delito; aunque insensatos
sus enemigos de traidor lo tachen
y digan que pretende contra el César
que gobierna el imperio rebelarse,

y afirmen que desórdenes promueve
Hijo de Dios llamándose,
demostrar no consiguen
los cargos que se atreven á inculparle,
pues la virtud que en Cristo resplandece
la burda y fiera acusación deshace.
Pilatos, que es el juez á quien apelan,
que es inocente sabe,
y anda buscando el medio de librarlo
de las turbas que anhelan muerte darle,
pues el proceso juzga que es inícuo
y aun más inícuo que á Jesús lo maten.

Pero en vano, no ceden;
quieren que en una cruz su vida acabe,
y exigen á Pilatos que les dicte
la terrible sentencia de matarle.
La conciencia del juez tiembla y vacila,
su espíritu decae,
y no encuentra de luz ni un solo rayo
que de sus dudas el nublado aclare.
Huye contrariar la muchedumbre
y teme á sus errores doblegarse,
pues si desoye al pueblo, no ama al César,

y si á Jesús condena es un infame.
Mas hay que resolver, porque aumentando
van la ira y la impaciencia por instantes,
y el pueblo que desea en su locura
y ceguedad culpables,
que sobre su cabeza caiga toda
la sangre que de Cristo se derrame,
su poder á Pilatos
amenaza quitarle,
y ante el furor de la irritada plebe
no hay tirano ni rey que no se espanten.
Siente al ver la actitud del pueblo miedo,
flaquea, al fin, su corazón cobarde,
y le entrega la víctima que pide
para que en ella su crueldad se sacie;
mas pretendiendo ageno
á crimen tal mostrarse,
dice al pueblo lavándose ambas manos:
¡Tú eres únicamente el responsable!

¡Torpe juez! No comprende
que lavarse las manos es en balde;
por haber sido débil, la conciencia
pronto lo acusará de miserable.

pues la sangre del Mártir del Calvario
le manchará, aunque huye de mancharse,
y ante el peso terrible de ese estigma,
que será perdurable,
¡comprenderá que hay manchas que no pueden
extinguirse jamás aunque se laven!

EL CARNAVAL

¡El carnaval! Por doquiera
el bullicio, la alegría,
la sonrisa placentera,
la confusa gritería...

¡El Carnaval! La explosión
estruendosa del placer,
la febril animación,
el frenético correr...

¡El carnaval! El insulto
que por broma se interpreta;
la estupidez del que oculto
habla tras de la careta...

Todo bulle, todo gira;
por su locura arrastrada

muestra al mundo su mentira
la humanidad disfrazada.

¡Pobre loca! Ella no advierte,
ciega, tal vez, ó inexperta,
que otra más digna es su suerte;
pero si así se divierte...
¡dejadla que se divierta!

UN RETRATO

A JUAN LOPEZ, FOTÓGRAFO

Nunca has hecho un retrato tan perfecto
y dudo que lo hagas,
como el retrato de la casta virgen
que guardo oculto dentro de mi alma.

Es un retrato sin igual, que eterna
admiración me causa,
porque une á los encantos de la hermosa
la bondad de una santa.

Contémplalo y verás que es un portento
de belleza y de gracia;
un retrato hechicero al que ninguno
le supera ni iguala.

De sus ojos, que ciegan como rayos,
son tan arrobadoras las miradas
como lo son los fúlgidos destellos
de las luces del alba.

En sus frescas mejillas
la púrpura y la nieve están mezcladas,
recordando el blancor de la azucena
y el brillante carmín de la granada.

De su cabello los sedosos rizos
su cuello tocan y á sus hombros bajan,
deteniéndose allí como temiendo
cubrir al resbalar su hermosa espalda.

Es un tesoro de coral y perlas
su boca perfumada,
donde los besos palpitar parecen
lo mismo que las chispas en la llama.

Oscuras manchas que su encanto aumentan
son los lunares que su rostro esmaltan,
vibraciones del céfiro su risa,
música misteriosa sus palabras.

De cuantos dones concibió la mente
ni uno solo le falta;

todo en sí lo reune: gentileza,
hermosura, candor, virtud y gracia.

Retrato tan perfecto como el mio
fotógrafo no existe que lo haga,
¡pues solo al alma el obtener le es dado
la copia fiel de la mujer amada!

ESPERANDO AL AMANTE

(MONÓLOGO)

—¡Me mata la impaciencia! No ha venido
y es la tercera noche que no viene.
¡De fijo que entregándome al olvido
con las caricias de otra se entretiene!

¡Qué infames son los hombres! ¡Desdichada
la que en sus vanos juramentos fía!
¡Como yo quedará triste y burlada
llorando de coraje en su agonía!

Mas no, que aunque por él amor me ciega
no he de darlo ya todo por perdido.
¡Le haré ver que conmigo no se juega!
¡Como venga, si viene, lo despido!

Desde ahora más desaires no soporto;
hoy terminan con él mis relaciones.
Si él desea romperlas, yo las corto,
¡y que vayan con Dios mis ilusiones!

Pero oigo pasos y toser... ¡Dios mio!
¡Es él! ¡es él! ¡Maldito mi quebranto!
¡Mas no salgo! ¡Que sufra mi desvío!
. . . . . .
¿Quién se resiste á abrir?... ¡Lo quiero tanto!

NOCHE DE LUNA

¡Qué hermosa noche, alma mia!
Desde las cumbres del cielo,
iluminándolo todo
con sus nevados reflejos,
la magestuosa luna
brilla en plácido sosiego,
aumentando la solemne
grandeza del universo.
Todo es paz y venturanza,
todo dulzura y misterio,
vida y amor, que palpitan
de la noche entre los velos
con el cadencioso ritmo
que allá en el fondo del pecho
vibra la danza sonora
de los juveniles sueños;

y entre el concierto que forman
las montañas con sus ecos,
las brisas con sus rumores,
las hojas con sus siseos,
las flores con sus aromas,
las fuentes con sus lamentos,
los nidos con su armonia
y con su esplendor los cielos,
el corazon, seducido
por cuadro tan lisongero,
va dilatando sus poros
para acoger en su seno
toda lá dicha esparcida
que hay en el espacio inmenso!
¡Qué momento tan sublime!
De la luna á los destellos
parece que se ve el mundo
á través de un ténue velo
que, borrando sus durezas,
nos lo presenta más bello,
con notas más delicadas
y contornos más correctos.
Yo amo las noches de luna,
las noches de luna en lleno,

en que la naturaleza
de su poder gala haciendo,
muestra tan grandes encantos
á la luz de un sol de hielo
y entona tan dulces himnos
sin quebrantar el silencio,
y en que el amor y la vida
unidos en lazo estrecho,
como fecundo torrente
origen de bien perpétuo,
á todo infunden su soplo
desde el astro hasta el insecto,
y amor y vida publican
con sus rayos los luceros,
con sus perfumes las flores,
las aves con sus gorgeos,
las olas con sus murmullos
y las brisas con sus besos.
¡Qué hermosa noche, alma mía!
Todo es alegre y poético
como los áureos palacios
de la región de los sueños,
y en medio de tanto hechizo
como dichoso contemplo,

tú á mis ojos te apareces
como emanación del cielo,
siendo de tanta hermosura
y de tanto bien disperso
como existe por doquiera
que en torno la vista vuelvo,
la más preciada corona,
el más sublime compendio!

. . . . . .

Tristes penas, que en el alma
clavais vuestros dardos fieros;
negras dudas, que apagais
las luces del pensamiento,
huíd, volad; no turbeis
de mi espíritu el sosiego;
dejadme que en dulce calma,
de la luna á los reflejos,
cuente al ángel de mi vida
todo el amor que le tengo!

RESURREXIT

Reflejando en su rostro demacrado
la intensidad de su profunda pena,
va á llorar al sepulcro Magdalena
donde Jesús estaba sepultado.

Llega al borde, y al verlo abandonado,
llanto vertiendo en abundosa vena,
exclama de inquietud y asombro llena:
¡Del sepulcro al Señor se lo han llevado!

Mas súbito se cámbia en alegria
su infinito pesar, al ¡oir Maria!,
volver los ojos y encontrar á Cristo.

Y á la ciudad corriendo presurosa,
asi extiende la nueva venturosa:
¡Resucitó el Señor y yo lo he visto!

RELAMPAGOS

I

Lo mismo que el ruiseñor
que al viento sus cantos dá,
aunque no haya quien me escuche
yo no dejo de cantar.

II

Yo olvido cantando
mis locos afanes,
mis noches de insomnio, mis dichas perdidas,
mis hondos pesares;
cantando disipo
las mil tempestades
que en horas amargas engendran mis dudas
y aumentan mis males;

cantando reprimo
los vuelos gigantes
de mágicos sueños que nunca en el mundo
podrán realizarse;
cantando me rien
venturas fugaces
que me hablan de amores y el pecho me inundan
de luz inefable;
cantando mi alma
su tedio combate;
cantar es mi vida, cantar es mi gloria....
¡dejadme que cante!

III

El amor y el dolor van
en el mundo tan unidos,
que alma que nunca ha llorado
es porque nunca ha querido.

IV

Jamás al mal que me han hecho
con otro mal respondí,
pues devolver mal por mal

nunca noble lo creí:
y aunque exista quien lo dude,
de tal condición nací
que á causar un mal, prefiero
que me lo causen á mí.

V

Pasó por mi lado
gentil y risueña,
de colores dejando y de aromas
magnífica estela.
Quedéme asombrado
y extático al verla,
y pasar la dejé... ¡No sabía
entonces quien era!
Hoy todo me dice:
«¡la dicha era aquella!»
Mas ya es tarde...¿Quién puede en el mundo
seguir su carrera?
¡Es un ave de paso la dicha
que rápida vuela,
y después que ha pasado, ya nadie
jamás sabe de ella!

VI

El dolor es el amigo
más leal que tiene el hombre;
¡desde la cuna al sepulcro
no temais que le abandone!

VII

Algunos al corazón
suelen abismo llamar,
porque su modo de ser
no se comprende jamás.
Y en verdad que es un abismo
de lo más original;
no le llenan cien placeres
¡y un dolor le hace estallar!

VIII

Yo sé que en el mundo
las almas no pueden
realizar más que en sueños la gloria
y el bien que apetecen;
y aunque sé que los sueños son humo
que al fin desparece,
como en ellos descubro un tesoro

de eternos placeres,
de mis sueños jamás despertadme,
¡dejadme que sueñe!

IX

Aunque la razón indago,
jamás la razón encuentro
¡de por qué Dios nó me hace
tan feliz como yo quiero!

X

Dejad que mis cantos tristes
se lleve el viento en sus ondas,
porque si él no se los lleva
nadie habrá què los recoja.
Dejadlo que se los lleve,
que él dilatará sus notas
y acaso encuentre algun eco
que á mis tristezas responda.

¡AQUELLA CASITA!...

En aquella casita
que en sueños miro
con fulgores de gloria
y honor de trono,
en aquella casita,
santo retiro,
toda la dicha reina
que yo ambiciono.

Blanca, con la blancura
de la paloma,
su imágen flota en todos
mis pensamientos,
y en mis vagos delirios
las formas toma
de esos áureos palacios
que hablan los cuentos.

Tiene para mí hechizos
fascinadores
que son el bien más grande
de mi existencia.
¡Si creo que allí huelen
mejor las flores
y que cantan las aves
con más cadencia!...

Parece un paraiso
que en lontananza
con eternos tesoros
de amor convida;
por eso yo impulsado
por la esperanza
pasar en ella quiero
toda la vida.

Mora en ella la virgen
pura y serena
que inspira mis más dulces
y hondos afanes.
¡Ay! aquella casita
de encantos llena,

¡Dios la libre de nubes
y de huracanes!

No hay sendero que á ella
no me conduzca;
de mi vida parece
que es ella el centro.
Nada hay así en el mundo
que me seduzca,
¿y cómo no, ángel mío,
si estás tú dentro?

LA GUERRA

De cuantos males al mundo
las pasiones acarrean,
no hay ninguno más horrible
ni más brutal que la guerra.
Hasta su nombre, que todo
noble corazón detesta,
y que en todos los idiomas
suprimido estar debiera,
para la razón sensata
negro borrón representa
y para el progreso humano
constituye una vergüenza.
¿No sabeis qué significa?
Significa lucha fiera
en la que hombres contra hombres
se privan de la existencia;
significa hogares tristes,

madres de zozobra llenas,
dichas que en viudez se cambian,
hijos que sin pan se quedan;
significa el exterminio
de la juventud risueña,
los talleres sin trabajo
y sin cultivo la tierra;
significa el atropello
de la razón por la fuerza;
¡significa la ruina!
¡significa la miseria!...
¡La guerra! Infernal aborto
que escombros y lutos siembra,
de malas pasiones nace
y á negros caminos lleva.
Bárbaro, terrible azote,
cuyo solo nombre aterra,
por donde quiera que pasa
regueros de sangre deja.
Es mónstruo horrible sin freno,
de la humanidad afrenta.
Los que lo lanzan al mundo,
¡malditos, malditos sean!

SALZILLO Á MURCIA

A MI QUERIDO AMIGO DE LA INFANCIA

ISIDORO DE LA CIERVA

Desde la altiva cumbre de la gloria,
por la fama arrullado
y de eternos laureles coronado,
el murciano portento, el gran Salzillo,
cuya santa memoria
vive en el arte con perpétuo brillo,
así con voz sentida
dice mirando el fértil valle ameno
en que nació á la vida
y tumba al espirar halló en su seno:

—«Salve, patria querida,
delicioso vergel de hechizos lleno,
ciudad de mis amores
á la que prestan eternal encanto
con sus perfumes las purpúreas flores,
las aves con su canto,
las fuentes con sus plácidos rumores,
las brisas con su ténue y dulce vuelo,
las plantas con su espléndido ropaje,
con sus notas alegres el paisaje
y con su azul y magestad el cielo.
Murcia, pátria adorada,
cuyo recuerdo anida en mi memoria
como el mio en el libro de tu historia:
mi alma de tí siempre enamorada,
desde la alta mansión en que reside
te contempla de gozo enajenada,
y á Dios alzando su oración más pura
fervorosa le pide
que pródigo te colme de ventura.
Es el tuyo mi bien, valle risueño,
donde desde la cuna hasta la fosa
resbaló mi existencia como un sueño;
donde en mis horas de entusiasmo llenas

admiré la hermosura esplendorosa
de tus noches serenas,
de tus dulces auroras los colores,
de tus claros arroyos la corriente,
de tus huertos los múltples primores
y de tu sol la llamarada ardiente.
A tí va siempre unido
mi cariño que nunca se consume,
como el calor al nido
y á la flor el perfume;
por eso te contemplo embebecido
y desde el áureo trono en que me alzaron
las obras que labraron
mis potentes cinceles
y la fama inmortal me conquistaron,
te quiero engalanar con mis laureles;
y por eso tambien, ¡oh madre mía!,
recordando las horas
que en tí pasé de amor y de poesía,
aún mi alma hace suya tu alegría
y áún sufre con tus penas cuando lloras.
Siempre te idolatré, tú bien lo sabes,
pues nada me halagó tan dulcemente
como escuchar los cantos de tus aves

y aspirar los aromas de tu ambiente;
y tranquilo, contento,
desoyendo las locas ambiciones
que excitan del artista el sentimiento,
sin apartar de tí mi pensamiento
para tí fueron todas mis creaciones.
Tuya mi gloria es; en tu regazo
bebí la inspiración que ardió en mi frente
y ejecutó sin vacilar mi brazo;
tu atmósfera serena y trasparente
rasgó ante mí sus azulados velos,
dejando sorprender á mi mirada
prodigios de los cielos;
tu vega perfumada,
siempre llena de pájaros y flores,
encendió mi exaltada fantasía
con sus vivos y mágicos colores;
y al darles forma á los sagrados seres
que en mi cerebro palpitar sentía
copié de tus mujeres
la perfección que en sueños concebía.
No es raro, pues, que con amor profundo
á tí mi vida entera consagrara,
y de mi amor llevado despreciara

láuros que lejos me ofrecía el mundo.
Yo lo pospuse todo á tu hermosura,
¡oh feliz y bendito paraiso!,
y pues que Dios en tí naciera quiso
en tí quise tener mi sepultura;
y aunque en ella no existe ni siquiera
una cruz de madera,
ni la luz de una lámpara sencilla
sobre su mármol brilla,
no esperes que de ingrata te moteje
ni que en mi acento triste
mi vanidad herida se refleje
porque espléndida tumba no me diste,
que á mi ambición le basta el ignorado
rincón en que mi cuerpo inanimado
compasiva y amante recogiste.
¡Oh Murcia! ¡pátria mía!
¡cuna de mis amores y mis sueños!
¡valle al que dán encanto y alegría
horizontes risueños,
espesos bosques de perpétuas frondas
jardines esmaltados de rosales,
mansos arroyos de brillantes ondas
y huertos de dorados naranjales!

El vivo amor que profesé á tu suelo
aun en mí se conserva inmaculado,
porque en tu seno he visto realizado
cuanto al nacer constituyó mi anhelo.
Por eso te bendigo
y mi gloria partir quiero contigo,
y por eso tambien, ¡oh patria amada!,
mi alma enamorada
de tu esplendente y mágica hermosur a,
desde la alta mansión en que reside
te contempla de gozo enajenada,
y á Dios alzando su oración más pura,
de tu cariño maternal en pago,
fervorosa le pide
que pródigo te colme de ventura,
¡que te bendiga como yó lo hago!»—

EL BUITRE Y EL RUISEÑOR

A un ruiseñor inexperto
que estaba tomando el sol
en la punta de una rama
del árbol en que nació,
se acercó un enorme buitre
cuya mirada feroz
hizo estremecer de espanto
al pajarillo cantor.
Mas el buitre que, cual todos,
era un solemne bribón,
al infeliz pajarillo
de esta manera le habló,
para que en él confiado
se entregara sin temor:

—¿Huyes de mí? No me temas,
que no es mala mi intención,

pues he venido á buscarte
atraido por tu voz,
y á ver si este sitio quieres
dejar por otro mejor.
En él serás por tus méritos
poderoso como yo,
sin temerle á los ciclones
ni al rayo desvastador
cuando rujan las tormentas
conmoviendo la creación.
Bajo tus plantas los mares
se estrellarán con furor,
y lo mismo que aquí el áura
te arrullará el aquilón.
Tu rico plumaje el iris
pintará con su color,
y sobre las altas nubes
surcarás la azul región.
Tendrás como aquí arroyuelos
y flores de grato olor,
y enramadas y arboledas
que te resguarden del sol.
No echarás allí de menos
este apartado rincón,

donde suenan sin apláuso
tus dulces cantos de amor.
Allí al punto á cuanto ordenes
seguirá la ejecución;
serán leyes tus caprichos,
de todo serás señor.
No puedo ofrecerte más;
resuelve tú sin pasión
y díme si te conviene
venirte conmigo ó nó.—

El pajarillo, creyendo
buena tal proposición,
tras breve pausa, marcharse
con el buitre decidió,
y al árbol en que habitaba
dándole un sentido adios,
en pos del buitre alejóse
por el espacio veloz.
No tardó en arrepentirse
el incauto ruiseñor
de su falta de experiencia,
de su poca reflexión;
pues el buitre, abriendo el pico,

bien pronto le reveló
que quería devorarlo
para calmar su hambre atroz.
Quiso huir el pajarillo
de su infame seductor,
pero aunque quiso, no pudo,
fué inútil su pretension,
porque con su fuerte garra
el buitre lo aseguró.
—¿Así cumples tus promesas?—
le preguntó el ruiseñor;
á lo cual el buitre fiero
con frialdad le contestó:
—¿Pero es que habias creido
que te iba á hacer un favor?—
Y abriendo el pico, en el buche
al punto lo sepultó.

—

Cuantos en buitres confian,
si no lo remedia Dios,
serán sus víctimas siempre
lo mismo que el ruiseñor.

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo.	5
Mis versos.	13
¡Espera!.	15
Fúnebre.	19
De paso.	23
La lucha de la vida.	25
Ante el espejo.	29
Hácia el puerto.	31
Los dos jueces.	33
¡Aún hay poesía!.	37
La pena de muerte.	41
Maremagnum.	43
Creo en Dios.	45
La Paz.	47
Noche de invierno.	51
Melodía.	55

Páginas.

Con el amor no se juega. 59
A un poeta. 61
Noviembre. 65
Tarde de toros. 67
Crepuscular. 73
La suerte. 79
Niño y hombre. 81
¡Pobre alma!. 83
A la bandera. 87
Glorias murcianas. 91
Pilatos 97
El carnaval 101
Un retrato. 103
Esperando al amante. 107
Noche de luna. 109
Resurrexit. 113
Relámpagos. 115
¡Aquella casita!.. 121
La guerra. 125
Salzillo á Murcia. 127
El buitre y el ruiseñor. . . . 133

DEL MISMO AUTOR

MIS PRIMEROS VERSOS

MÁS VERSOS

NUEVOS VERSOS

DEL MISMO AUTOR

MIS PRIMEROS VERSOS

MÁS VERSOS

NUEVOS VERSOS